

El Regeneracionismo aragonés en el entorno de Costa

POR

ELOY FERNÁNDEZ CLEMENTE

UN ARAGONESISMO CRÍTICO

El Regeneracionismo como fenómeno político-cultural de fines del XIX tuvo manifestaciones en muchos lugares de España, pero, como es bien sabido, contó con un importante eco en Aragón.¹ Para fijar con claridad la coyuntura, diremos que al hablar de regeneracionismo no nos ceñimos a los ecos sociopolíticos y económicos del 98, sino, por extenso, a un movimiento renovador cultural que se detecta en muchos lugares de España desde finales de los años 80 del siglo XIX. No hemos de ignorar, sino al contrario, destacar, que en el regeneracionismo hay un claro componente de resurgir aragonesista, pero con el añadido de que se trata de un aragonesismo crítico, nada autocomplaciente y con proyección de futuro, más en lo cultural que en lo político.² Ya por entonces, como a lo largo de todo el período, que puede prolongarse hasta 1908 –para los aragoneses memorable fecha de la Exposición Hispano-Francesa de Zaragoza–, planea sobre casi todas las actuaciones, ideas y obras la figura de Joaquín Costa. Sin embargo, y por precisa decisión, nos ceñiremos en esta apresurada revisión al “entorno” (físico, cronológico, moral) de Costa.³

El marco histórico-político de la crisis de la Restauración en Aragón está hoy bastante bien establecido por varios trabajos académicos. Dos de ellos sobre el Altoaragón: los libros de Carmen Frías y Miriam Trisán;⁴ otros dos sobre la provin-

¹ Un panorama de lo que fue el movimiento en torno al 98, en mi trabajo “Regeneracionismo: los límites de la utopía”, en el libro coleccionable de *El País, Memoria del 98*, n.º 14, 5-1-1998, pp. 213-217. Véase el tomo XI de la *Historia de Aragón* de Guara, Zaragoza, 1985, que escribí con FORCADELL, ocupándome de ese capítulo, y también una breve síntesis en mi capítulo “El regeneracionismo aragonés”, en *Historia de Aragón*, t. I, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1989, pp. 263-270.

² En este sentido, quizá valga la pena destacar la Asamblea Regionalista de Alcañiz celebrada en 1897.

³ Obviamos, pues, el análisis de la significación regeneracionista de Costa, tan a fondo estudiada en numerosas obras. Se trata, precisamente, de ver la importancia de quienes fueron, directa o indirectamente, sus seguidores.

⁴ FRÍAS, Carmen y TRISÁN, Miriam, *El caciquismo altoaragonés durante la Restauración*, Huesca, IEA, 1987, y, de nuevo, Carmen FRÍAS, *Liberalismo y republicanismo en el Alto Aragón. Procesos electorales y comportamientos políticos. 1875-1898*, Huesca, Ayuntamiento, 1992.

cia de Teruel (los estudios de C. Forcadell y Monserrat Serrano)⁵ y, finalmente, otro sobre la de Zaragoza (de nuevo de Monserrat Serrano).⁶ Obviamente no voy a entrar ni siquiera en el resumen de estos buenos trabajos. No es estrictamente el objeto de este artículo, aunque es importante enmarcarlo ahí, remitiendo a los movimientos culturales, sociales, políticos y aun económicos, que señalan una época de crisis y, como respuesta a ésta, de propuestas y acciones de progreso, renacimiento, regeneración.⁷

Y es que, si bien el marco político de la Restauración ha supuesto una época de paz y la existencia de una mínima vida política, a pesar de sus limitaciones, la crisis económica que, en un país todavía eminentemente rural, hace muy dura la situación del sector agropecuario, lleva a duras críticas al sistema y a la dormida sociedad⁸ y fuerza la consecución de algunos logros, de los que destacamos la creación de la UGT (1888) y el sufragio universal masculino (1890). Como ocurre por lo general con las épocas de progreso y de mayor apertura política, es precisamente en ellas cuando más fuertes se hacen las voces de protesta por lo que falta por conseguir. Del grado de conciencia política alcanzado en los noventa, muy crítica con los grandes fallos del sistema, será muestra el auge de los movimientos reivindicativos que, tras el 98, cuajarán en la Unión Nacional. En ella, junto a Costa y al castellano Santiago Alba, destaca Basilio Paraíso, moderado impulsor del movimiento de las clases medias mercantiles e industriales.

Pero el regeneracionismo va más allá de la mera protesta. Supone numerosas propuestas de cambio, una clara voluntad de progreso,⁹ una ilusión que quiere contagiar a cuantos escuchan o leen. Por ello no incluimos en esa etiqueta a los políticos, por activos, honestos, eficaces que puedan ser, si se limitan a ello. De hecho, es curioso que el político de mayor eco, el más honda y significativamente regeneracionista, Joaquín Costa, no legisló, no ocupó nunca el poder, aunque bien pudo haberlo hecho.

⁵ La tesis de licenciatura, aún inédita, de Monserrat SERRANO, *La provincia de Teruel durante la Restauración: élites, elecciones y comportamiento político (1875-1907)*, Zaragoza, 1987, y la *Cartilla Turolense* de Carlos FORCADELL sobre *El regeneracionismo turolense a finales del siglo XIX*. Teruel, 1993. A ellos puede añadirse mi revisión (1981) "Fuentes para el estudio de las ciudades de Teruel y Alcañiz en la crisis de fin de siglo XIX (1890-1910)", en el *Boletín del Centro de Estudios Bajoaragoneses* (Alcañiz) 5, pp. 145-154.

⁶ La tesis doctoral de la misma Monserrat SERRANO, *La Restauración en Zaragoza (1875-1907)*, leída en 1997.

⁷ Véase mi descripción de "Zaragoza en torno a 1895" en C. GIMÉNEZ y M. P. POBLADOR (eds.), *Centenario de la Escuela de Artes y Oficios de Zaragoza, 1895-1995*, Zaragoza, Ministerio de Educación y Escuela de Arte, 1995, pp. 15-21.

⁸ Un caso bien significativo es el del libro de Joaquín GIMENO FERNÁNDEZ-VIZARRA, *Zaragoza en 1887. ¡Vamos muy despacio!*, Zaragoza, 1888.

⁹ En 1895 se publican los *Trabajos premiados y documentos leídos en los Juegos Florales que por primera vez se celebraron en Zaragoza el día 16 de octubre de 1894*. Curiosamente, los más importantes son en realidad textos que plantean cuestiones económicas.

Hay, en el regeneracionismo aragonés, un claro contenido regnicola, un deseo de recuperar y dar brillo a una tradición más o menos mítica, como base para la reafirmación de los aragoneses en el presente y su proyección hacia el futuro. En ese sentido, y entre los antecedentes culturales más o menos inmediatos, habríamos de citar a los impulsores de la primera *Revista de Aragón* (1878-1880) y de la publicación de la “Biblioteca de Autores Aragoneses”, que entre 1876 y 1915 “rescató para la cultura aragonesa obras como la *Crónica de San Juan de la Peña*, el *Progreso de la Historia de Aragón*; los *Comentarios de las cosas de Aragón* de Blancas; las *Rimas* de Liñán de Rianza y las *Poesías selectas* de Jerónimo de San José; el *Cancionero* de Ximénez de Urrea; la *Conquista de las Islas Malucas* de B. L. de Argensola, o dio obras como el *Diccionario de voces aragonesas*, de Borao”.¹⁰ Añadamos el importante hecho de la reedición por Gómez Uriel de la monumental *Biblioteca de Escritores Aragoneses* de Latassa (1883-1886). También los dos tomos de la *Zaragoza artística, monumental e histórica*, que Anselmo y Pedro Gascón de Gotor publican en 1890-1891, *summa* de lo sabido en su tiempo sobre esos aspectos.¹¹

En ese mismo sentido se trazan las grandes líneas del arte de la época, muy bien reflejado en la arquitectura, que evoca tiempos pasados con el neomudejarismo, o la vuelta al estilo aragonés, y de la que el mayor representante es Ricardo Magdalena¹² (1849-1910). Añadamos a ello las recuperaciones de alto valor simbólico, entre las que destaca la declaración de monumentos históricos (entre 1882 y 1906, la iglesia de Santa Engracia de Zaragoza, San Pedro el Viejo de Huesca; el monasterio de San Juan de la Peña, el Santo Sepulcro de Zaragoza, el castillo de Loarre) y las restauraciones del incendiado castillo de Montearagón, o de la ya citada Santa Engracia de Zaragoza. En pintura, domina igualmente el historicismo, en Unceta, Montañés, Pradilla, Barbasán, Estevan, Lafuente.

¹⁰ DOMÍNGUEZ LASIERRA, Juan, *Cuentos, recontamientos y conceptillos aragoneses* t. I, Zaragoza, Librería General, 1979, pp. 22-23.

¹¹ Véase la reedición facsimilar de Ibercaja, Zaragoza, 1993, pp. XIV-XV. Gonzalo M. BORRÁS ha destacado, en la introducción a esta reedición, cómo la obra “ofrece una estructurada trilogía de la tradición histórica zaragozana: de un lado, la tradición heroica, alusiva a la resistencia de la ciudad durante los Sitios de la Guerra de la Independencia; de otro, la tradición cristiana, con los dos hechos emblemáticos de la Venida de la Virgen del Pilar y de los Innumerables Mártires, y en tercer lugar, la tradición jurídica, con la exaltación de los Fueros de Aragón y de la institución privativa del justicia”. Y añade que estos tópicos subyacen y fundamentan toda la obra de los Gascón y que “probablemente hemos olvidado hasta qué punto los autores de esta obra han contribuido a configurar esta imagen histórica y monumental de la Zaragoza regeneracionista”.

¹² HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, Ascensión, *Ricardo Magdalena. Cien años de historiografía sobre arquitectura aragonesa*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1997.

LAS GRANDES REVISTAS CULTURALES

La de finales del XIX y comienzos del XX es una coyuntura en la que la prensa diaria aragonesa alcanza el auge y desarrollo de una moderna prensa de empresa. Desde la supervivencia, aún, de los veteranos *Diario de Avisos*, *La Derecha* (1881-1901), etc., a la aparición de *Heraldo de Aragón* (1895) o *El Noticiero* (1901), pasando por la prensa altoaragonesa, en la que sobresale, entre un grupo de publicaciones menores, el gran *Diario de Huesca* que funda y dirige Manuel Camo en 1875 y que, como he escrito en otro lugar, se constituye en la columna vertebral de la vida social, política, cultural y económica de esta provincia. O el minifundio turolense.¹³

Hay, además, interesantes novedades en la prensa no diaria, que florece en muchas comarcas (del decano, *El Pirineo Aragonés*, fundado en 1882, al costista *El Ribagorzano*, 1904-1930). En Calatayud nace *La Justicia* en 1888; en Tarazona, *La Unión* (1891-1923); en Alcañiz, donde proliferan muchos títulos en las dos últimas décadas del siglo, destaca *El Porvenir del Bajo Aragón* que, desde 1887, publica Santiago Contel. Sin embargo, sólo en la segunda década del XX surgirán títulos de clara intención regionalista.

Es, en cambio, en el terreno de lo que podríamos calificar de revistas culturales regeneracionistas donde la cosecha es más que satisfactoria. Veamos los grandes casos en las tres provincias, por orden cronológico de aparición.

Caso singularísimo y eminente de regeneracionismo integral es el de la *Miscelánea Turolense* (1891-1901), impulsada y editada por Domingo Gascón y Guimbao desde Madrid.¹⁴ La presentación del editor es inequívoca: “La provincia de Teruel, madre fecunda de hombres insignes en todos los ramos del saber humano, teatro de sucesos memorables en todos los períodos de la historia, tan rica por don especial de la naturaleza, en producciones de su suelo, como sistemáticamente abandonada, necesita más que otra región alguna de España, el esfuerzo individual y colectivo de sus hijos para sacarla de la postración y del abatimiento en que se halla sumida”. A ello se pone, y con tal entusiasmo, organizando él mismo los cotos mineros, luchando por el ferrocarril en la provincia, etc. (y añadiendo, desde 1898, el también gratuito *Boletín Minero y Comercial* con parecidos fines), que diez años después

¹³ En el que destacan el primer *Diario de Teruel* (1885-1886) y, sobre todo, sus sucesores *El Eco* (1886-1908), *El Ateneo* (1892-1896), *Heraldo de Teruel* (1896) y *El Noticiero Turolense* (1898-1913). Véase M.^a Ángeles NAVAL, “La frustración intelectual del periodismo literario provinciano: *El Ateneo* de Teruel (1892-1896)”, en el libro que coordina la misma autora, *Cultura burguesa y letras provincianas (estudios sobre el periodismo en Aragón entre 1834 y 1936)*, Zaragoza, Mira, 1993, pp. 199-215.

¹⁴ Véase la reedición facsimilar realizada en Teruel por el Instituto de Estudios Turolenses en 1993, con “delantal” de Carlos FORCADELL, y, también, el útil trabajo de ordenación de materiales realizado por Javier AGUIRRE, *Bibliografía de la Miscelánea Turolense y de la Biblioteca del Instituto de Teruel, 1890-1900*, Zaragoza, Centro de Documentación Bibliográfica Aragonesa, 1993.

se permite un balance optimista, cerrando, por innecesaria y demasiado fatigosa, la publicación, ya que sus aspiraciones se han realizado antes de lo que podía esperarse: “se ha constituido una Compañía con 12.000.000 de pesetas para explotar minas de carbón de Utrillas, a la cual seguirán pronto otras no menos importantes con igual objeto; se ha constituido una Sociedad con 32.000.000 de pesetas para los hierros de Sierra Menera; adelantan los trabajos para hacer lo mismo respecto a los cobres de Torres; seguirán pronto los azufres de Libros, los manganesos de Camañas y Crivillén, las calaminas de Linares, todo, en suma, cuanto ofrezca esperanza de empleo productivo al capital y al trabajo. Para poner en movimiento esta riqueza que ahora sale a la luz, hay en vías de construcción un ferrocarril minero de 123 kilómetros y otro de cerca de 200; pronto habrán de seguir, cuando menos, otros dos, y cruzarán la provincia en todas direcciones líneas que transportarán sus productos y la inundarán de vida. Se alzarán hornos y fábricas en abundancia; aldeas hoy miserables serán poblaciones ricas; habrá trabajo para todo el que quiera trabajar; afluirán gentes de fuera, porque resultará escasez de brazos; habrá pan, llegará el progreso, y el pueblo de Teruel, hasta ahora en un atraso forzado, se dignificará y podrá ocupar un puesto entre los más adelantados y cultos”.¹⁵ ¿No parecía escuchar la costiana “Canción del Ésera”...?

Aunque casi desborda el período, es preciso mencionar, aún dentro de la provincia turolense, la magnífica experiencia del *Boletín de Historia y Geografía del Bajo Aragón*, publicado a partir de 1907. Y también el interesante libro de Eduardo Jesús Taboada, *Mesa Revuelta* (1898).

Claramente regeneracionista es el propósito y la práctica del grupo de profesores y escritores que ponen en marcha la segunda y magnífica, más conocida y muy bien estudiada (por José-Carlos Mainer) *Revista de Aragón* (1900-1905). Dirigida por Eduardo Ibarra y Julián Ribera, allí publican algunas de sus mejores páginas Luis López Allué, Juan Blas y Ubide o José María Matheu. Como ha señalado Mainer, “*Revista de Aragón* representaba una evidente duplicidad de intereses: por una parte, los específicamente universitarios –y muy secundariamente regionalistas–, encarnados en Ibarra, Ribera, Gómez Izquierdo y Asín; por otra, los directamente regionalistas, ya fuera en un intento de afianzar la conciencia cultural regional –excursionismo, arte, literatura ‘baturra’–, ya en el más directo de ejercer la crítica de la vida local desde unos presupuestos manifiestamente regeneracionistas”.¹⁶

Otra muestra de este impulso es la creación, por el profesor del Instituto de Huesca Gabriel Llabrés, de la *Revista de Huesca* (1903-1905), que lleva el curioso subtítulo de “Colección de materiales para la Historia de Aragón”, y en la que cola-

¹⁵ *Miscelánea...*, 23, 15 de enero de 1901, p. 454.

¹⁶ MAINER, José-Carlos, *Regionalismo, burguesía y cultura: Revista de Aragón (1900-1905)* y Hermes (1917-1922), Zaragoza, Guara, 1982, p. 63.

boran, entre otras, plumas tan ilustres como las de Pedro Aguado Bleye, Mario de La Sala, Gregorio García Ciprés, Miguel Supervía, Mariano de Pano, León Laguna, Cristino Gasós, Pedro Villacampa, etc. Predominan los temas históricos, pero no es difícil encontrar algunos materiales regeneracionistas. Los señala su estudioso, Ignacio Peiró, refiriéndose a “los tres trabajos firmados por León Laguna sobre la agricultura y la ganadería oscense, a la noticia del ‘gabinete de investigación’ del barón de Eroles redactada por Mariano de Pano, al proyecto lanzado por Pedro Aguado Bleye para remediar la situación de los obreros católicos de la capital y al ejercicio de comparación histórica que, con ocasión de la visita de Alfonso XIII, permitió a Llabrés una reflexión en voz alta sobre la ‘decadencia’ y los males de la Huesca del momento”.¹⁷

En efecto, así parece, según el duro juicio del profesor del instituto oscense: “... Hoy todo ha cambiado, el baluarte de la independencia aragonesa ha quedado convertido en rincón retirado y poco concurrido por las clases cultas, directoras y pudientes; la linajuda nobleza de la tierra se ha ausentado, si es que aún existe; el país se ha empobrecido; los innumerables caseríos se han arruinado, recordando el nombre del desaparecido pueblo el de la yerma pardina, el castillo o la paridera. Donde ayer se sentó el bienestar y la riqueza, hoy sienta sus dominios la ignorancia y el abandono; por todas partes ruinas que acreditan que el país se encuentra en el período de las vacas flacas de la leyenda bíblica. Y no son lo menos malo los vestigios de esta pobreza material que por todas partes asoman: en el bosque talado, en la caída tapia, en la arruinada ermita, en el despoblado, en el linaje desaparecido, en la familia extinguida; sino la carencia absoluta de caudillos, que tanto sobraron ayer y que hoy no asoman por parte alguna; de cabeza y de clases directoras, de apóstoles que prediquen la buena nueva e intenten levantar al país de la postración en que yace”.

PERIODISMO Y LITERATURA. UN NUEVO COSTUMBRISMO CRÍTICO.

LA LEY DEL EMBUDO

En cuanto a la presencia de aragoneses en las grandes revistas finiseculares de Madrid, un reciente estudio sobre una serie de ellas nos permite conocer la actividad de los más conocidos en la Corte¹⁸ y, por ello, con mayor repercusión en toda España.

¹⁷ PEIRÓ, Ignacio, prólogo a la edición facsimilar de la *Revista de Huesca*, Huesca, 1994, Instituto de Estudios Altoaragoneses, p. XXV. Véase también su estudio sobre *El mundo erudito de Gabriel Llabrés y Quintana*, Palma de Mallorca, Ayuntamiento de Palma, 1992, a quien, por su estancia en Huesca, no duda en calificar de “catedrático transeúnte y regeneracionista de cátedra”.

¹⁸ Tomamos estos datos del libro de M.^a Pilar CELMA VALERO, *Literatura y periodismo en las revistas del Fin de Siglo. Estudio e índices (1888-1907)*, Madrid, Júcar, 1991. El trabajo es muy amplio, aunque no se analizan los colaboradores de otras revistas como *Alrededor del mundo*, *Gedeón*, *Hojas Selectas*, *La Revista Blanca*, *La Revista Moderna*, *Revista Contemporánea* y *Sophia*.

Se trata de la generación de universitarios (Asín Palacios, Ribera, Ibarra, Severino Aznar, Cejador, Costa, José Gascón y Marín, Moneva y Puyol, Ramón y Cajal, Salillas), escritores y periodistas (Eusebio Blasco, Casañal, Castro Les, Cavia, Valentín Gómez, Llanas Aguilianedo, J. M. Matheu, Carlos Mendizábal, Luis Ram de Viu, Luis Royo Villanova, Romualdo Nogués), dramaturgos (Dicenta, Lorente, Marcos Zapata), artistas (Gascón de Gotor) y otro tipo de gentes (el general Burguete).

Sus colaboraciones, como decimos, son frecuentes en *La Ilustración Española y Americana* (destacan Eusebio Blasco, 16; M. Zapata, 9); *Madrid Cómico* (el reino de Casañal, 42; y Cavia, 16); *Gente Vieja* (pedestal de Marcos Zapata, 47); *La España Moderna* (donde es asiduo, entre otros, Romualdo Nogués, 20); *Germinal* (plataforma de Dicenta, 16, que también es autor preferido en *La Vida Galante*, 24); *Vida Nueva* (Eusebio Blasco, 32; y también de Cavia, 14); *Revista Nueva* (con Matheu, 10, como asiduo); *La Lectura* (donde es asiduo José Gascón y Marín, 17); *La República de las Letras* (S. Ramón y Cajal, 8) y, quizá la más sesuda, *Nuestro Tiempo* (Severino Aznar, 26; Ramón y Cajal, 17); también escriben varios de ellos alguna vez en *La Caricatura*, *La Vida Literaria*, *Electra*, *Juventud*, *Helios* y *Alma Española*.¹⁹

En cuanto a la producción literaria para uso casi siempre interno, podemos observar un claro cansancio del costumbrismo típico de la segunda mitad del XIX y una orientación claramente más crítica. En efecto, aunque de raíz eminentemente popular y conservadora, a fines del XIX se desarrolla una cierta variante del costumbrismo que rechaza los chistes fáciles, los tópicos baturros, los estereotipos denigrantes.²⁰ En ella destacan Romualdo Nogués, claro “representante de la ideología conservadora”,²¹ al igual que Polo y Peyrolón (autor de *Los mayos*, 1879, y *El guerrillero*, 1905), Agustín Peiró (“Antón Pitaco”), Mariano Baselga (*La era*, 1897), Cosme Blasco (“Crispín Botana”), autor de los seis volúmenes de *La gente de mi tierra* (1893-1898), y el más interesante, José María Matheu (*Jaque a la reina*, 1889, y *El Pedroso y el Templao*, 1905).²² Pero, de todos ellos, el de mayor vuelo, el que con

¹⁹ Por otra parte, no parece que encajen en esta tendencia los escritos de María del Pilar Sinués, pero sí, y mucho más interesantes, los de Concepción Gimeno de Flaquer. Véase M.^a del Carmen SIMON PALMER, *Escritoras españolas del siglo XIX. Manual bio-bibliográfico*, Madrid, Castalia, 1991, pp. 362-374 y 650-671.

²⁰ No ocurre lo mismo en otros ámbitos. Así, por ejemplo, las zarzuelas de tema aragonés, desde la célebre *La Dolores* (1891) de BRETÓN y FELIU Y CODINA a *Gigantes y Cabezudos* (1899) de ECHEGARAY Y CABALLERO, o la ópera *Zaragoza*, adaptada de su obra por el propio GALDÓS con música de LAPUERTA y estrenada en 1908, pertenecen, casi en su totalidad, al viejo tópico, al margen de su mayor o menor calidad literaria.

²¹ BLASCO NOGUÉS, Blanca, *Romualdo Nogués. Un escritor aragonés del siglo XIX*, Borja, CEB, 1994.

²² DOMÍNGUEZ LASIERRA, Juan, *Cuentos, recontamientos y conceptillos aragoneses*, 2 vols., Zaragoza, Librería General, 1979, y la excelente antología *Cuentos aragoneses*, realizada por J. L. ACÍN y J. L. MELERO, Palma de Mallorca, Olañeta, 1996.

más propiedad podríamos adscribir al regeneracionismo, es, precisamente, Luis López Allué, y su obra cumbre, *Capuletos y Montescos* (1900). Según sus principales estudiosos, “una de las razones de la vigencia de la novela no reside, a nuestro juicio en considerarla como una obra de segunda fila anclada en la estética decimonónica, sino en destacar la actualidad que tuvo en su época al contaminarse de la preocupación contemporánea por el problema de España, que, desde la prensa y la literatura, manifestaban multitud de intelectuales. La visión pesimista de los males de la patria es el significado englobador de la novela y el microcosmos de España los ejemplifica”;²³ nadie cree en los partidos políticos, se denosta el bipartidismo, se juzga con dureza al gobierno, la democracia ha desilusionado al pueblo, se denuncia el pucherazo y el caciquismo, del que no escapa el clero. En fin, que “la ignorancia (‘como sé pocas letras, desde que nací me arrastro por el santo suelo’) y la vida miserable a que se ven sometidos [los campesinos], hacen que entren en el engranaje político y caciquil imperante”.

Es en este escenario donde debemos mencionar, y de manera destacada, la novela de Pascual Queral y Formigales (Bossost, 1848-Huesca, 1898), *La ley del embudo* (Madrid, 1897), verdadero altavoz literario de las luchas anticaciquiles de Costa y un testimonio más que digno sobre la Huesca finisecular. La excelente reedición realizada en la ya consagrada colección Larumbe por el Instituto de Estudios Altoaragoneses y al cuidado de Juan Carlos Ara nos permite poseer y conocer a fondo esta obra, más interesante de lo que el propio Ara, escrupuloso en extremo, ha señalado. Discípulo y amigo de Costa, que le prologará esta obra, plantea en ella con escaso disimulo una feroz crítica al caciquismo, representado en la persona de Manuel Camo. Como ha analizado Leonardo Romero Tobar, caracterizando en general el tipo de novela “de emergencia”, en el que incluye la de Queral, ésta “apartaba a un lado el ideal estético y dejaba en primer plano las cuestiones ‘palpitantes’, como el caciquismo, la farsa electoral o la decadencia económica y moral de la nación”.²⁴

Ara, que insiste en la escasa capacidad novelística de Queral, destaca sin embargo la buena calidad periodística, que le hace proporcionarnos “gran cantidad de datos acerca de la pequeña historia oscense que se esconde detrás de su sátira, por lo que cumple con creces su solapada intención de documentalista de una realidad que conoció...”.²⁵

²³ ANDRÉS, ROSA M., y CALVO CARILLA, J. L., *La novela aragonesa en el siglo XIX*, Zaragoza, Guara, 1984, pp. 159 y ss.

²⁴ ARA TORRALBA, J. C., introducción a QUERAL Y FORMIGALES, Pascual, *La ley del embudo*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 1994, p. LXI.

²⁵ *Op. cit.*, introducción, p. LXIX.

LOS GRANDES CIENTÍFICOS (MALLADA, SALILLAS, CAJAL)

El gran geólogo oscense Lucas Mallada y Cuello (Huesca, 1841-Madrid, 1921) fue un adelantado y mentor del grupo regeneracionista (y no sólo: muy amigo del padre de Pío Baroja, influye también mucho en éste). Dos autores se han ocupado de él con detalle. Son Ricardo del Arco, que editó en Huesca en 1925 una antología, y su reciente biógrafo, Eduardo Alastrué y Castillo.²⁶ De ellos extraemos algunas notas sobre su vida y obra.

De su labor de geólogo, verdadero padre de esta ciencia en España, baste recordar la confección de ocho tomos (más de 5.600 páginas) de las *Memorias del Mapa Geológico de España* (de las cuales se desgaja la *Descripción física y geológica de la provincia de Huesca*, 1878), sintetizadas en una amplísima *Explicación* (1895-1911). A ello se añade el *Catálogo de las especies fósiles encontradas en España*.

Pero la razón por la que Lucas Mallada es considerado como un gran regeneracionista no es, a pesar de todo, esa ingente labor. Son sus escritos ensayísticos, propios de un científico, pero referidos a temas sociales, económicos, políticos. Tanto Sagasta como Cánovas, de quien era devoto, le ofrecieron la alcaldía de Madrid, que rehusó (“era de la madera de Costa”, comenta del Arco²⁷).

En 1890 publica Mallada su obra cumbre, por la que es considerado el proto-regeneracionista: *Los males de la Patria y la futura revolución española* en 1890,²⁸ que, al decir de Flores, “presenta, como nunca se había hecho, un acopio fundamentado de problemas que España tenía y tiene que resolver. Aquí está el problema de la pobreza de nuestro suelo, de lo que hoy se llama ‘evasión de cerebros’, de la mujer española, del hombre español, de los ferrocarriles, de la especulación, de la minería, de la Administración Pública, de la Religión Católica Española, de la emigración, de la agricultura...”²⁹ Veamos, en breve síntesis, su contenido. Como ingeniero de minas, combate, en primer lugar, Mallada la tan “arraigada creencia de que vivimos en un país rico y de muchos recursos naturales”, abordando con un realismo un tanto pesimista el tema de “la pobreza de nuestro suelo”, asunto peliagudo en país en que aún predomina una economía agraria. Achaca las causas al relieve, a los tipos de tierras, la falta de arbolado, etc. Y también a los defectos del carácter nacional, “gran-

²⁶ ARCO, Ricardo DEL, *Páginas selectas*, con una nota preliminar, “Huesca en 1925”; ALASTRUÉ Y CASTILLO, Eduardo, *La vida fecunda de don Lucas Mallada*, Gráficas Ave, San Fernando de Henares, 1983.

²⁷ Sin embargo, Costa y Mallada, afirma DEL ARCO, no se citan jamás, y duda si llegaron a conocerse.

²⁸ La primera edición de *Los males de la Patria*, de 1890, en cuarto, tiene 359 pp. Se anuncia como primera parte, pero no tuvo continuidad. En las dos ediciones realizadas en 1969 y 1994 por Alianza Editorial, se abrevia mucho, suprimiendo enteros los capítulos 3, 4 y 6. Cito de la de 1969, selección realizada por Francisco J. FLORES ARROYUELO. Parte de esos textos habían aparecido anteriormente en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, *El Progreso*, *Revista Contemporánea*, etc.

²⁹ J. FLORES ARROYUELO, en el prólogo a la edición de 1969, reimpresión de 1994, p. 10.

des defectos al lado de sus magníficas, de sus brillantes virtudes”: flojedad de espíritu, falta de sentido práctico, exceso de fantasía, mala explotación de sus ricas minas o de sus excelentes viñedos, desinterés de los grandes propietarios agrarios.

Pero, y es algo recurrente en toda la generación, hay un mal terrible y es que el 75% de los españoles no saben leer ni escribir. Y ahí aprovecha para hacer importantes propuestas de reformas educativas a todos los niveles, incluyendo la lamentable educación de las mujeres –cuando se da–, el desorden económico, administrativo,³⁰ presupuestario. Muy al día, glosa las primeras respuestas a la encuesta, iniciada tres años antes, sobre la crisis agrícola y pecuaria, deduciendo hay más causas estructurales que coyunturales. Y, junto a ellas, la inmoralidad pública, el desbarajuste administrativo, el caciquismo, la dependencia del capital extranjero para las obras públicas y ferrocarriles, el proteccionismo que encubre los errores y fallos, la mala división de las propiedades, la exagerada y ruinosa centralización, la excesiva contribución territorial y la desigualdad de otros tributos, el enorme atraso en la industria y el comercio, etc., etc.

El libro es brillante, vibrante, muy bien escrito, lleno de elocuentes datos. Tierno comenta: “Estamos ante un libro insólito que abre un camino insólito a la política nacional recogiendo el espíritu y las actitudes de Costa. Quizá lo más expresivo del libro no esté en la denuncia de errores y abusos, ni siquiera en las soluciones, lo más expresivo está a mi juicio en el cansancio del autor, en cuanto español” ante la irremediable permanencia de los males, la forma de gobierno, la cuestión religiosa, las reformas infecundas, la falta de radicalidad, la retórica y la fantasía...”.³¹

También la crítica a los partidos es muy fuerte: “Vistos desde fuera, nada remeda juego de niños tan completo como nuestros partidos políticos [...] Fuera de contadas excepciones, las cualidades generales de los políticos españoles son las siguientes: la más crasa ignorancia en los fundamentos del difícil arte de gobernar; la osadía y la falta de aprensión proporcionales a esa misma ignorancia; el espíritu de discordia y rebeldía en relación con su inmensa soberbia; la veleidad y la ligereza en armonía con su aturdimiento; la ingratitude y la doblez indispensables para su ambición ilimitada”. Reproduce un debate en el Congreso en mayo de 1883, entre Montero Ríos, Sagasta, Romero Robledo y González Blanco, como ejemplo del “demoledor y escandaloso sistema de ataques que caracteriza la política española”. Cree, en fin, que con todo ello los políticos “han causado una indiferencia extraordinaria en la masa general del país, cuyo escepticismo va llegando a su colmo”.³²

³⁰ En 1881, Mallada, que es muy conservador y antirregionalista, había redactado un *Proyecto de una nueva división de España*, no muy afortunado.

³¹ TIERNO GALVÁN, E., *Costa y el regeneracionismo*, Barcelona, Barna, 1961, p. 40.

³² MALLADA, Lucas, *Los males de la patria*, Madrid, 1890, pp. 337-343.

A esa obra fundamental debemos añadir las breves y quizá incompletas *Cartas aragonesas dedicadas a S. M. el Rey don Alfonso XIII* (Madrid, 1905). En ellas, refiriéndose al desastre colonial, afirma: “Perdimos Cuba, perdimos Puerto Rico, perdimos Filipinas, sufrimos un gran descalabro y una espantosa vergüenza, quedamos humillados, y se volvieron las tornas, pues cayeron a millares los españoles en el más lamentable pesimismo, y exagerando sus quejas y angustias hasta la ridiculez, viéndoles yo fuera del justo medio que en todas las cosas se debe buscar, renegué de tan infecunda filosofía y empecé a vislumbrar el camino por donde España había de llegar a descubrir más agradables y felices horizontes. Más que la pérdida de tales provincias, más que la afrenta de tamaña desgracia, colosal e irreparable en verdad, arrastró al pesimismo a muchos españoles la falta de grandes y acertados gobernantes. Después de la catástrofe, la Nación en masa quería volver los ojos a sus ídolos; pero no los encontraba; y como si por perderse las colonias también se hubiera de hundir la metrópoli, eran muchos los que desesperados renegaban del siglo en que nacimos, sosteniendo que al cabo de tantas contiendas y de tantas revueltas, en España no había generales, ni marinos, ni estadistas, ni hacendistas, y que por no haber hasta se nos acababan los oradores, los cómicos, los toreros y las bailarinas”.

* * *

Rafael Salillas y Panzano (Angüés, 1854-Madrid, 1923),³³ bachiller en Huesca, médico por Zaragoza y Madrid, gran amigo de Costa, a quien considera su maestro, comienza a trabajar en 1880 en la Dirección General de Establecimientos Penales, y toda su vida seguirá vinculado a esas cuestiones, enfocadas desde una amplia cultura e inquietudes literarias, reflejadas en su estreno en el Teatro Español de Madrid del drama *Las dos ideas* (1884). Pero poco después se inicia una larga carrera profesional, al frente primero de diversas instituciones penitenciarias y criminológicas. De tal modo que, “conocido el delincuente como sujeto penitenciario, su formación médica y su espíritu intelectual [...] le harían sentirse inmediatamente atraído por las recién nacidas teorías positivistas caracterizadamente antropológicas”, si bien fue siempre ante todo un gran autodidacta, que aplicaba siempre el método positivo... y recurría con frecuencia a la literatura picaresca como fuente de referencia.

Pronto establecerá fructíferas relaciones con los grandes de ambas áreas (conocerá a Lombroso y a Concepción Arenal, entre muchos) o colaborará con otros importantes, como Simarro. Acude a congresos en San Petersburgo y visita sus instituciones penitenciarias, así como las de Moscú, París y Berlín, viajará años más tarde a Lieja y Turín, siempre representando al gobierno de su país. Colaborador en la reforma del Código Penal español, director en la universidad de un Seminario de

³³ Conocemos con detalle y rigor la obra y pensamiento de Salillas gracias a la tesis de M.ª Dolores FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ (1976), *El pensamiento penitenciario y criminológico de Rafael Salillas*, Universidad de Santiago, especialmente pp. 78-88 y 203-211.

Criminología y más tarde de la Escuela Oficial, miembro de la Comisión de Reformas Sociales, sus artículos en *El Liberal*, en la *Revista de Legislación y Jurisprudencia*, sus discursos en el Ateneo, preparan importantes ediciones, de tres obras clave científico-penitenciarias (*La vida penal en España, Informe al expediente para preparar la reforma penitenciaria* y *La crisis del sistema celular*) y más de medio centenar de estudios de Criminología, entre los que destacan *Evolución penitenciaria en España* y *Hampa*. Aparte sus excelentes informes sobre la situación, entre sus ideas, coincidentes con las más avanzadas de su tiempo, están la aceptación correccionalista del trabajo como medio de readaptación y corrección del penado, la consideración del delincuente como un enfermo, el cuidado en la selección del personal penitenciario, etc. Salillas es, ha concluido su tesis M.^a Dolores Fernández Rodríguez, “la figura más representativa de nuestra Ciencia Criminológica y, de una importancia y relieve que, si bien se han sobrevalorado, no han sido aún superados”.

Eso sí: tampoco muy leídos o muy influyentes. Fue excepción que, en 1901, el gran escritor social Bernaldo de Quirós y el altoaragonés Llanas Aguilaniedo le dedicaran su obra *La mala vida en Madrid*, en la cual seguían su criterio de “considerar a la criminalidad, la prostitución y la mendicidad como manifestaciones del parasitismo”.

Por lo demás, junto a una copiosísima obra, cuya cita aquí sería prolija, recordemos que, además de la pieza citada, se adentró Salillas en ensayos poco conocidos, como el publicado en 1905, *La fascinación de España*, o la curiosa novela *Quiero ser santo*, publicada en la colección “El cuento semanal” en 1907. Además, colaboró, aunque casi siempre con temas de su especialidad, en el diario *El Liberal* y en *Revista Popular* y *España Moderna*.

Y es precisamente junto a Salillas donde parece el lugar más oportuno para mencionar al recién citado e interesantísimo autor que es José María Llanas Aguilaniedo (Fonz, 1875-Huesca, 1921), amigo y discípulo de aquél, autor de una obra muy sugestiva, *Alma contemporánea. Estudio de Estética* (Huesca, 1899), que fue rescatada del olvido por la preciosa reedición (en la colección Larumbe del Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 1991) a cargo de Justo Broto Salanova. Esta obra de juventud revela sin embargo una extensa cultura y una gran vitalidad intelectual y presenta al que luego será raro e interesante novelista.

* * *

No dudamos en incluir a Santiago Ramón Cajal (1852-1934) en esta nómina, y en un grado eminente. Y no sólo por sus investigaciones, que le llevarán a recibir el Premio Nobel en 1906, y, como ha destacado Pedro Laín, por “las ideas con que supo interpretarlas, y en primer término [...] la creación de la teoría de la neurona. Hazaña ésta que en un orden puramente morfológico vino a ser la coronación de la teoría celular, y desde un punto de vista fisiológico la base de la actual Neurofisiología”.

También por su propio compromiso como intelectual de su tiempo, a quien el Desastre de 1898 afectó fuertemente, decidiendo actuar: “Escuché la voz de la sirena periodística y contribuí modestamente a la vibrante y fogosa literatura de la regeneración, cuyos elocuentes apóstoles fueron el gran Costa, Macías Picavea, Paraíso y Alba”.

“Pronto, sin embargo –comenta Laín–, el regeneracionismo de Cajal pierde su inicial expresión periodística, porque el investigador comprende que su personal modo de contribuir a la regeneración de la patria debe consistir ante todo en el esforzado trabajo cotidiano. ‘Al fin –nos dice– me incorporé al trabajo con el antiguo ardor’. El discurso *A patria chica, alma grande* en la Universidad de Madrid (1900) y la proclamación de un ‘quijotismo de la ciencia’ como programa nacional (1905) son las dos máximas expresiones de esta concepción del patriotismo como diaria entrega a la obra de hacer ciencia”.³⁴

Pero debemos remontarnos, para captar toda la hondura de su pensamiento científico, social, político, a *Los tónicos de la voluntad*, discurso de ingreso de Cajal en la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, en 1897, que subtítulo *Reglas y consejos sobre investigación científica* y que es, en opinión de su secretaria y colaboradora Enriqueta Lewy Rodríguez, “la obra que mejor refleja el romántico y apasionado patriotismo tan original de nuestro sabio [...] ¿Cuál debe ser la política científica del Estado español? Proporcionar a las clases sociales más humildes ocasión de recibir en liceos, institutos o centros de enseñanza popular, instrucción general suficiente [...] transformar la Universidad, hasta hoy casi exclusivamente consagrada a la colación de títulos y a la enseñanza profesional, en un centro de impulsión intelectual [...] formar y cultivar, mediante el pensionado en el extranjero, un plantel de profesores eméritos capacitados para descubrir nuevas verdades y para transmitir a la juventud el gusto y la pasión por la investigación original”.³⁵

Se plantea Cajal, en este trascendental discurso, la necesidad de renovación: “Resurgir, renacer, regenerarse son procesos dinámicos que implican estado anterior de agotamiento, decadencia o regresión. Importa, pues, desde luego, dilucidar este importante punto: ¿Es exacto que, en orden a la filosofía y a la ciencia, hemos decaído verdaderamente?”. Cree que “España es un país atrasado, no decadente”, con “un atraso y, sobre todo, una mediocridad teórica deplorable”. Pero casi no podía ser de otro modo, porque, “¿habrá que recordar a los pesimistas que la mayoría de los españoles son analfabetos?”. “En suma, España no es un pueblo degenerado, sino ineducado”. Los problemas no están, parece responder a Mallada, en el calor o la

³⁴ LAÍN ENTRALGO, Pedro, en el prólogo a J. M. LÓPEZ PIÑERO, *Ramón y Cajal*, Barcelona, Salvat, 1985, pp. 16-17.

³⁵ L. RODRÍGUEZ, Enriqueta, *Así era Cajal*, Madrid, Espasa Calpe, 1977, pp. 162-164.

sequía, ni en la moralidad o el fanatismo religioso, el orgullo o la arrogancia. El remedio de ese atraso es la elevación científica y cultural, y no lentamente, sino (aquí suena Costa) “súbita y teatralmente verdadera revolución desde arriba”. Y, ya entusiasmado, añade: “Desde ahora declaramos que el remedio que obró milagros en todos los países dará también resultados excelentes en España [...]. Porque, lo hemos proclamado mil veces y lo repetiremos otras mil, España no saldrá de su abatimiento mental mientras no reemplace las viejas cabezas de sus profesores (Universidades, Institutos, Escuelas especiales), orientadas hacia el pasado, por otras nuevas orientadas al porvenir”.³⁶

Se queja de las deficiencias de medios materiales, si bien “más que escasez de medios hay miseria de voluntad”. Ve con cierto optimismo a la clase política, pues si —dice— “hemos padecido a menudo ministros del viejo tipo retórico, sin orientación europea y funestos, por tanto, al resurgimiento intelectual de nuestro país [...] tales políticos orientados hacia el pasado, devotos de la tradición y recelosos de la moderna cultura, han desaparecido casi por completo. Nuestros estadistas de hoy adolecen, sin duda, de algunos defectos (uno de ellos es ignorar o no sentir con suficiente energía que la grandeza y poderío de las naciones es obra de la ciencia, y que la justicia, el orden y las buenas leyes constituyen factores de prosperidad positivos, aunque secundarios), pero en todo caso no incurrirán en el error antipatriótico de negar protección y subsidios a las eminencias de la cátedra y a las capacidades científicas indiscutibles”.³⁷

Y es que, afirma Cajal, “España es un país intelectualmente atrasado, no decadente [...]. No vamos hacia atrás, sino muy detrás”. E insiste en el desarrollo científico como medio de regenerar el país: “Las aplicaciones de la ciencia, a su vez, traerán grandes beneficios económicos. Pero prescindiendo de lo útil y de lo económicamente provechoso, el patriotismo de los españoles y su orgullo nacional exigen el fomento de la investigación científica. Para que el país se saque de su atraso y alcance al resto de Europa, hace falta un programa europeo: hay que correr vertiginosamente”.³⁸

En fin, el mundo riquísimo de las ideas de Cajal nos llevaría muy lejos. Me permitiré una última cita, creo que poco conocida, de una carta suya a Unamuno, en

³⁶ RAMÓN Y CAJAL, S., *Deberes del Estado en relación con la producción científica. Discurso de ingreso en la Academia de Ciencias, 5 de diciembre de 1897*, recogido luego en *Los tónicos de la voluntad* y tomado de Ernesto y Enrique GARCÍA CAMARERO (comp.), *La polémica de la ciencia española*, Madrid, Alianza, 1970, pp. 373-399.

³⁷ RAMÓN Y CAJAL, S., *Los tónicos de la voluntad*, 10.^ª ed., Madrid, Austral, 1981, pp. 62 y ss. A partir de la 3.^ª ed., de 1913, Cajal agregó cinco capítulos nuevos al texto inicial.

³⁸ TZITSIKAS, Helene, *Santiago Ramón y Cajal. Obra literaria*, México, 1965, p. 17.

1913, en que le dice: “Puede que en algunos puntos secundarios haya divergencias entre las ideas de usted y las mías sobre el plan de elevación intelectual de España; pero creo que en lo esencial coincidimos. Trabajamos en campos diferentes: por eso nos impresiona más aquella parte o sector de decadencia y atraso situado cerca de nosotros o en la corriente de nuestros gustos [...]. Creo que España debe desarrollar su genio propio, su personalidad original, en arte, en literatura, en filosofía, hasta en el modo de considerar la vida; pero en ciencia debemos internacionalizarnos”.³⁹

También, habríamos de incluir, pero no es posible en este tiempo y espacio, a otros científicos aragoneses del momento, del matemático Zoel García de Galdeano al creador de la moderna oceanografía Odón de Buen, un botánico del temple y la valía de Pardo Sastrón y el químico Bruno Solano o el pediatra Martínez Vargas. Y, ya citados más arriba, filólogos como Francisco Codera, Julio Cejador y Asín Palacios, historiadores como Ribera e Ibarra y juristas como, además de Costa, claro está, Gil Berges, Franco y López, Marceliano Isábal. Por citar sólo algunas cumbres.

CONCLUSIÓN

En fin, quedan expuestas aquí, con prisas y sincopadamente, por las dimensiones obligadas del trabajo y mis muchas limitaciones, algunos hechos (muchas veces colectivos y otras grandes hazañas intelectuales individuales), algunas ideas surgidas en Aragón o en mentes aragonesas a fines del XIX o comienzos del XX. Sólo por ellas, por su grandeza y potencialidad de futuro, casi valían la pena la serie de crisis que, en cierto modo, las habían propiciado.

Desde el punto de vista cultural, ya quedan enumerados muchos nombres, creo que podemos considerar que el resurgir ha sido mucho más que un deseo. El hecho de que, junto con una serie de movimientos recuperadores del pasado y estudiosos de éste, se haya producido la aparición de dos docenas de excelentes profesionales, culminadas por los tres grandes científicos analizados, y en la cumbre Joaquín Costa, habla sin más de lo que ha estado ocurriendo. Pero no hemos, ya, de referirnos sólo a lo cultural.

De hecho, Aragón resurge económicamente en una coyuntura que cambia por completo el aspecto anterior, y que se produce en el entorno de 1900, especialmente en la industria y en Zaragoza, aunque no sólo. A las azucareras que se ubicarán en las riberas del Ebro y el Jalón, se unen empresas como La Industrial Química, Tudor, la papelera La Montañanesa, la fábrica de cervezas La Zaragozana, Minas y Ferrocarril de Utrillas, Sierra Menera, etc. Las quejas se han acallado. La vida social

³⁹ RAMÓN Y CAJAL, S., *Cajal. Escritos inéditos*, GARCÍA DURÁN y ALONSO BURÓN (eds.), Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1978, pp. 282-283.

y cultural tiene otro aire, ese aire que en el caso de Huesca tiene sus sedes en el veterano Círculo Oscense, en el Casino Sertoriano, el de la Peña o el Centro Altoaragonés, que se crea en 1908.

Precisamente a la altura de 1908, cuando tiene lugar, en la capital aragonesa, la Exposición Hispano-Francesa, puede decirse que se culmina una regeneración, que Aragón ha vuelto a encontrar su camino, por mucho que quede por recorrer. Ahí puede decirse que termina esa generación de esforzados científicos, escritores, periodistas que creyeron en su patria chica y lucharon por ella denodadamente.